



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 15 DE NOVIEMBRE DE 1886→

NUM. 255

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El beso*, por don F. Moreno Godino. — *La posdata* (conclusión), por don Félix Rey. — *Ellas Recio*, por don Vicente Colorado. — *Los tranvías eléctricos en Bruselas.*

GRABADOS. — *Árabe tocando la guzla*, dibujo á la pluma de J. J. Zapater. — *Apuntes de Antonio de Werner.* — *Una confidencia*, cuadro de F. Andreotti. — *¿Qué será?* cuadro de Stefano Bruzzi. — *Recogiendo las redes*, dibujo de J. Wopfner. — *Antiguo parque de Rotterdam*, dibujo de P. A. Schipperus. — *Suplemento Artístico: Un percance*, cuadro de A. Muller-Lingke

NUESTROS GRABADOS

ÁRABE TOCANDO LA GUZLA, dibujo de Zapater

Consecuentes con nuestro programa, tenemos el gusto de dar cabida en las páginas de esta publicación al bello dibujo á la pluma

ARTISTAS ESPAÑOLES



ÁRABE TOCANDO LA GUZLA, dibujo á la pluma de J. J. Zapater

que nos ha remitido con tal objeto desde Valencia el Sr. Zapater. La ciudad del Cid, que hoy encierra en su seno una distinguida pléyade de artistas que saben renovar las buenas tradiciones de la famosa escuela valenciana, tiene en el autor de dicho dibujo un hijo que la honrará sin duda, como puede presumirse en vista de esta pequeña muestra de sus aptitudes artísticas y de su habilidad en el dibujo.

APUNTES DE ANTONIO DE WERNER para su cuadro: «Prisionero de guerra»

En la última exposición de Bellas Artes de Berlín ha presentado Antonio de Werner un cuadro de costumbres del cual damos en este número algunos apuntes. El cuadro pintado por dicho artista con el título de: «Prisionero de guerra», constituye, en opinión de los mismos críticos del arte en Alemania, lo mejor que en materia de escenas de la vida militar figura en escaso número en aquella exposición. El autor ha escogido por asunto el regreso de un prisionero de guerra francés al seno de su familia.

Antonio de Werner cuenta ahora 43 años y asistió cerca de tres años a la Academia de Bellas Artes de Berlín. Un premio que ganó en la misma en el certamen de 1866 le depuso medios para estudiar un año en París y otro en Italia. Sus grandes cuadros murales, que representan glorias militares del ejército alemán y adornan varios monumentos públicos de Berlín, le valieron en 1875 el nombramiento de director de la Academia de Bellas Artes de aquella capital.

UNA CONFIDENCIA, cuadro de F. Andreotti

Andreotti es un excelente artista, de los muchos con que cuenta Italia, esa tierra clásica de las bellas artes, y así lo ha demostrado en las obras que ha exhibido en la reciente exposición de Liorna. Su cuadro: *Una confianza*, es una de ellas. Una hermosa niña cuyo fresco y lozano semblante contrasta con el rostro surcado de arrugas de su anciano abuelo, se dirige a él fiada en la benignidad propia de todo abuelo, para pedirle consejo y quizás apoyo en sus inocentes amores. Porque de amores se trata indudablemente a juzgar por el interés y afán con que la joven espera la resolución del anciano, por la expresión de éste, que casi pudiera calificarse de socarrona, y sobre todo por la indecisión de la doncella en presentarle el billete que mantiene oculto hasta conocer su determinación. ¿Cuál será ésta? Conteste a esta pregunta todo abuelo que se halle en igual caso.

El lienzo de Andreotti, sin ser una obra maestra, se contempla con agrado y es una prueba de que el artista se inspira en ideales halagüeños para los asuntos de sus cuadros.

¿QUÉ SERÁ? cuadro de Steffano Bruzzi

El grupo de este bonito cuadro ha oído un ruido en el valle; una de las ovejas se ha espantado; las otras se han atemorizado a su vez, y han corrido a refugiarse en torno de la pastorcilla. ¿Qué será? parecen preguntarse unas y otra mirando a lo hondo del valle. ¿Algún lobo? ¿Alguna oveja despenada? ¿Un pastorcillo que ha querido gastar una broma? ¿Un pedrusco que ha rodado por la ladera del monte, yendo a parar con fragor al torrente? ¿Quién lo sabe? En tanto las seis ovejas miran con ansiedad, y su expresión y actitudes prueban cuán a fondo conoce el pintor Bruzzi los apacibles instintos y los pusilánimes movimientos de la humilde raza ovejuna que vaga por las cumbres del Apenino.

RECOGIENDO LAS REDES, dibujo de Wopfner

Discípulo de la floreciente escuela de Munich, este artista se ha dedicado con preferencia a pintar escenas de los poéticos lagos que se hallan entre las montañas de la Alta Baviera. Nuestro grabado representa una de ellas, en la cual los pescadores del lago de Cheem recogen sus redes, cargadas del exquisito *Salmo Wartmanni* que abunda en aquella extensión acuática y a cuya pesca se dedican de febrero a octubre. En la hechura particular de la barca así como en los trajes de los pescadores se echa de ver que no son marinos en la verdadera acepción de la palabra; pero esto no impide que el dibujo dé exacta idea de la pesca en los referidos lagos, y sobre todo de la destreza del artista que tan sencilla escena ha trazado.

ANTIGUO PARQUE DE ROTTERDAM, dibujo de P. A. Schipperus

No todo son médanos, pantanos y arenales en el país de los *polders*, cuyos habitantes tienen que luchar a brazo partido con el mar para contener sus invasiones en aquellas bajas tierras: la naturaleza también le ha concedido en ciertos puntos poderosas especies vegetales, árboles de frondoso follaje a cuya sombra puedan buscar esparcimiento los vecinos de las ciudades.

Estas sufren hoy por lo general grandes transformaciones: lo que antes bastaba para solaz ó recreo de la población, resulta ahora insuficiente, y a los reducidos paseos van sustituyendo grandes parques y jardines cuya extensión se halla relacionada con el número de habitantes.

Esto ha sucedido con Rotterdam, y su antiguo parque está hoy abandonado a pesar de la frondosidad de sus alamedas: sin embargo, los artistas, diferenciándose en esto de las multitudes, buscan con preferencia para sus cuadros puntos de vista en que todos los accidentes sean naturales más bien que artificiales, é inspirado sin duda en esta idea el pintor Schipperus, hijo del país, ha copiado con experto lápiz el paisaje cuya reproducción insertamos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN PERCANCE, cuadro de A. Muller-Lingke

Este percance no es otro sino uno de tantos como ocurrían con los antiguos medios de locomoción, aún no del todo desaparecidos. No cabe negar que los percances que sobrevienen en las vías férreas causan anualmente algunas víctimas, pero si se hubiesen sumado las causadas por las diligencias, galeras, etc., en los tiempos en que no se conocían los trenes, y aún en los actuales, veríase que la proporción no está en desventaja de aquéllas.

El desagradable episodio acaecido a los viajeros del cuadro de Muller está representado con acierto, predominando sobre todo en él la agitación y movimiento propios de tales lances. El vuelco del pesado vehículo ha causado diferente efecto en los respectivos viajeros. En uno, el enojo demostrado en la agresiva actitud con que se dirige al conductor que procura disculpar su torpeza; en otro, el natural cuidado de sus hijos; en otro, el de un rasguño recibido en la caída; en la sirvienta, el disgusto al ver averiadas sus provisiones de boca; en una niña, la zozobra originada por el temor de que haya sufrido daño su perro favorito; y en una dama, el sentimiento por los jirones que advierte en su traje.

Es indudable que Muller ha presenciado uno de estos incidentes, pues de otro suerte no podía haber reproducido la escena con tanto acierto, naturalidad y animación.

EL BESO

POR DON F. MORENO GODINO

I

Anita y Antonio estaban entregados a esa dulce ocupación conocida con el nombre de *Pelar la pava*, fre-

cuente en toda Andalucía, pero muy especialmente en la hermosa ciudad del Betis, en donde, desde los amantes recientes, hasta los prometidos esposos, la creen como el complemento de su amor. Así es que aun cuando un novio éntre con entera libertad en casa de su futura cónyuge, no puede prescindir de hablar con ella por la reja y expresarla su ternura en pleno ambiente.

La benignidad del clima, las noches casi siempre estrelladas, la comodidad de las rejas que parecen hechas á propósito y hasta la benevolencia de los serenos que se complacen en proteger á los enamorados en la penumbra; todo contribuye á hacer más atractiva esta poética costumbre.

Anita y Antonio pelaban, pues, la pava con tanto más fervor, por cuanto éste era todavía un novio callejero, que no había conseguido penetrar en el domicilio de su amada.

Anita sólo parecía andaluza por su acento armónico sevillano, que en Cádiz se afina hasta la melodía. Por lo demás, se asemejaba más bien á esas madonas del renacimiento italiano, de cabello suavemente castaño, tez blanca, ojos claros y mejillas diseñadas en una línea un tanto prolongada. Tenía una cosa admirable: la boca, modelada con una expresión divina, plegada en los extremos con una gracia indecible.

Antonio era un guapo muchacho, de cabellos negros y encrespados, de ojos oscuros y vivos, de moreno y expresivo rostro, y de boca de labios gruesos, que revelaban la franqueza aunque también la sensualidad.

La calle de Flandes, teatro de esta amorosa escena, estaba enteramente solitaria, y la revuelta brisa de una noche de marzo, traía hasta la reja de los amantes, ora la marejada de La Barqueta, ó bien los olores de los ranúnculos y de los Don Diegos de noche de la Alameda.

El sereno del barrio pasaba de tarde en tarde por la acera opuesta y se sonreía, y si la enamorada pareja no hubiese estado tan ocupada, podría haber visto sobre el cielo de la calle, en un extremo, á Andrómeda, la tierna amante de Perseo, rodeada de las estrellas de su constelación; y en el otro extremo, al astro del amor, á Venus, que parecía como que se asomaba á la esquina de la calle de Santa Ana.

Todo, pues, favorecía á los enamorados interlocutores.

II

—Nita mía,—decía Antonio suprimiendo la primera sílaba del nombre de su amada,—cómo podré expresarte mi alegría? ¡Qué golpe tan inesperado de la suerte! por fin vamos á descansar de nuestras fatiguitas. Algunas veces me atrevía á hablar á mi padre de tí, pero aunque es un hombre muy campechano, siempre me tapaba la boca con las mismas razones. «Muchacho,—me decía,—no pienses por ahora más que en estudiar. Tu novia será todo lo buena que tú quieras; pero no estamos para *casaca*. Ella te traerá en dote una cama, cuatro trapitos, un devocionario que la regalará su tío el buen cura de San Lorenzo, y como á esto sólo podríamos añadir las mil quinientas pesetas de mi sueldo en el Gobierno Civil, resultaría que nos iríamos quedando flaquitos como un alma en pena. Nada, nada; á acabar tu carrera y entonces veremos...»

—Tu padre tenía razón,—dijo Anita.

—Sí, pero yo estoy en *tercer* y si tuviésemos que esperar hasta entonces... Afortunadamente, y perdóneme Dios la palabra, la herencia de mi tío ha venido á remediarlo todo. ¡Pobre tío Pepe! mucho he sentido que se muera; pero en la otra vida tendrá la satisfacción de haber hecho felices á dos buenos muchachos, como somos nosotros; ¿verdad, Nitita?

—¿Quién sabe? puede que tu padre... Ahora que sois ricos...

—¿Quieres callarte? Yo seré rico porque te tendré á tí; por lo demás la herencia no es el Ducado de Osuna, ni mucho menos. Una haciendita en Córdoba, que bien arrendada produce veinticuatro mil reales anuales; he aquí todo.

—Sin embargo...

—Te repito que no seas tonta. Ya está andado el camino. Pues qué, Nitita, ¿no sabes cuánto te quiero? ¿Crees que estos días me he dormido en las pajas? He convenido á mi padre...

—¡Ah!

—Pues claro. Ayer mismo le enseñé tu retrato.

—Antonio...

—Te digo que mi padre es muy campechano, que se hace cargo de las cosas de jóvenes. «Mire V., padre,—le dije, dándole el retrato,—mire V. á mi futura mujercita.»

—¿Y tu padre?...

—Te miró, es decir, miró tu fotografía...

—Bien, ¿y qué?

—«Es guapilla esta muchacha,—dijo, observándote con atención.—Tiene una boca muy graciosa.»

—¿Eso dijo? ¡Vaya!

—Bien sabes tú que es verdad, y mi padre lo entiende. Padre,—le dije yo,—si es guapa, miel sobre hojuelas; pero esto es lo de menos. Nitita es la muchacha más buena y honrada de Sevilla y ahí está todo un barrio que lo diga. Te cuidaré y te tendrá al pelo, como ahora tiene á su madre y á su tío el cura. «Pero, chico,—interrumpió mi padre,—tú ya todo lo das por hecho.—Pues no que no,—repliqué yo,—sí, que de hoy en adelante voy á consentir que le haga á V. rabiar esa estúpida de Mari-Cruz, poniendo la sopa ó muy sosa ó muy salada, ó que se encuentre V. las camisas sin botones y los calcetines hechos una criba. Nada de eso. ¿Para qué estamos en el mundo

Nita y yo?—Si te casas no vas á estudiar,—dijo mi padre. —Más que ahora,—repliqué,—porque ahora me distraigo pensando en ella;—y al ver que mi padre se sonreía, repuse:—Padrecito, cosa hecha; tomamos posesión de la herencia, esperamos á que pasen los dos meses de luto que faltan, y allá, por el Corpus, V., Nita y yo vamos á las gradas de la Catedral á ver salir la procesión; ¿verdad, padre?

—¿Y qué dijo?

—Pues nada, dijo que si no le constara que yo había nacido en el cogollito de Andalucía, por lo tozudo me creería aragonés.

—Y es cierto, Antonio, siempre quieres salirte con tu gusto.

—¿Porque mi gusto eres tú? Así son las mujeres. Y sin embargo, no hay hombre más contrariado; después de cuatro meses aun no he podido conseguir...

—¿Otra vez?

—Y ciento: ¿soy yo tan tranquilo como tú? No permitir que te dé un simple beso!

—¡Es claro! muy simple.

—Pues sí, un beso, es nada ó es mucho; nada, porque poco significa; mucho para el que lo desea tanto como yo.

—Antonio...

—Vamos, Nitita, sé buena. Considera que no nos vamos á ver en seis ú ocho días. Que me lleve ese recuerdo tuyo.

—Te llevas mi corazón.

—Nitita, ¡un beso!

—¡Qué tenacidad!

—¡Anda, Nita!

—Pero, ¿por qué quieres disgustarme? Antonio, seamos formales, para lo que falta.

—Pero...

—Vé á Córdoba, ven pronto, que yo te prometo...

—¿Qué, Nitita?

—Cuando vuelvas... Sé bueno, Antonio.

—Nita, ¿me das palabra de que cuando vuelva?...

—Bien, sí.

—¿La primera vez que nos veamos?

—Antonio...

—¿Me das tu palabra? ¿pagaré pagado á la vista? Dí que sí.

—Bueno, sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo prometo...

La ventana se cerró, la calle de Flandes quedó solitaria, Andrómeda siguió rutilando en el cielo, aunque sus estrellas palidecieron, y Venus, no teniendo ya nada que hacer allí, fué declinando lentamente hacia la Alameda de Hércules.

III

Dos días después, Anita recibió una carta de Antonio, fechada en Córdoba, á donde había ido con su padre á tomar posesión de la herencia de su tío. El joven, entre mil ternezas, decía en su misiva que se hallaba aburrido, que Córdoba era una ciudad muy fea, que ninguna de sus calles vale lo que la de Flandes en Sevilla, que las mujeres son sosas, que el acento cordobés quiere parecerse al manchego, que la Catedral es como una gigante sin cabeza, porque no tiene torre, y finalmente, y esto era lo más triste, que la toma de posesión de la herencia se prolongaría más de lo que habían pensado, á causa de que los jueces, en materias de sucesión, quieren publicar edictos hasta en la luna, si se supiese que la luna estaba habitada.

(Continuará)

LA POSDATA

(Conclusión)

CLOTILDE Hábleme V. así... Cambie V. el curso de mis ideas... Siéntese V. á mi lado... Como antes... La idea que tengo de V. es tan alta que por más que hago no puedo estimar á un hombre á quien V. no estime.

RICARDO Y yo repito á V. que no tengo razón fundada para dejar de estimar al Sr. de Salcedo.

CLOTILDE ¿Habla V. de veras? De modo que sus proyectos de matrimonio en Filipinas...

RICARDO Usted misma me ha dicho que su intención...

CLOTILDE No se trata de lo que yo haya dicho, sino de lo que V. opine. Decláreme V. que en su caso V. se hubiera conducido como Salcedo.

RICARDO No tengo inconveniente en declararlo.

CLOTILDE ¿A los tres meses de separarse de mí?

RICARDO ¡Bah! Mes más ó menos no agrava el hecho en nada.

CLOTILDE Poco á poco. Una de dos: ó Salcedo me olvidó demasiado pronto, lo cual probaría la inconstancia de su afecto...

RICARDO Su regreso prueba lo contrario...

CLOTILDE Ose hallaba dispuesto á ofrecer su mano á una señorita á quien no amaba y cuya posición era tan brillante como la de Salcedo modesta.

RICARDO Desde el momento en que el matrimonio no se ha verificado...

CLOTILDE Pero, ¿nos consta que es él quien ha retrocedido?

RICARDO ¡Oh! En cuanto á retroceder...

CLOTILDE En cuanto á retroceder... Eso no es cosa que en él puede extrañarse, ¿verdad?

RICARDO No me haga V. decir lo que no he pensado. Ya que toca esa cuestión debe declarar que su duelo...



APUNTE para el cuadro: *Prisionero de guerra*, de A. Werner

CLOTILDE No me niegue V. que su duelo le había dado á V. de él una pobrísima idea.
 RICARDO Porque yo ignoraba que él se limitó á complacer á usted.
 CLOTILDE De manera que si yo rogara á V. que presentase sus excusas á otro hombre, ya sobre el terreno, ¿V. me complacería?
 RICARDO Ciertamente.
 CLOTILDE ¿V se pondría V. en el caso de escuchar semejante petición? ¿Vendría V. á mi casa la víspera de un duelo á anunciarme que se batía usted?
 RICARDO Señora... (*Sacando el reloj.*) Crea V. que... Una ocupación imperiosa...
 CLOTILDE No, no, respóndame V. categóricamente.
 RICARDO El Sr. de Salcedo procedió con escasa previsión. Pudo acaso desear aparecer á los ojos de V. con la aureola del peligro que le esperaba, lo cual no es un crimen... Pero de eso á creer que buscaba manera de esquivar el peligro, hay mucha diferencia.
 CLOTILDE Él debió, sin embargo, prever lo que iba á ocurrir...
 RICARDO ¿Y quién le dice á V. que no quiso ponerse en el caso de sacrificar hasta su amor propio en obsequio de usted?
 CLOTILDE ¿Le juzga V. tan apasionado?
 RICARDO Usted acaba de someter su asunto á una prueba concluyente.
 CLOTILDE ¿Concluyente?
 RICARDO Sin duda.
 CLOTILDE Procure V. ponerse de acuerdo consigo mismo, porque desde hace un rato me está V. haciendo el efecto de una veleta. Su opinión de V. es que el hombre tiene una manera de amar (muy diferente de la nuestra, - yo sigo en mi idea), pero que no tiene más que una.
 RICARDO Acaso soy demasiado exclusivista.
 CLOTILDE No, no lo es V.; todos los hombres son Vds. lo mismo... Pero si no tienen Vds. más que una manera de amar, y Salcedo no me ama de esa manera... es que no me ama de ninguna. Seamos lógicos.
 RICARDO En primer lugar...
 CLOTILDE ¿No es cosa extrañísima su indiferencia hacia mí?...
 RICARDO Hacia la belleza de usted.
 CLOTILDE Después de todo, si algo hay en mí que tenga algún mérito es mi pelo... ¡Pues cualquiera diría que ni siquiera lo ha echado de ver! Salcedo ama á V. como V. quiere ser amada: por su alma.
 CLOTILDE Dejémosnos de bromas; y si no me ama porque le gusto, ¿qué debo esperar?
 RICARDO Usted dirá.
 CLOTILDE Que siendo él pobre y yo rica, mi fortuna es lo que le enamora.
 RICARDO Creo que ofende V. sin razón á Salcedo.
 CLOTILDE ¡Dios mío! ¡Mis ideas se confunden! ¿Cómo salir de esta horrible ansiedad? Antes lamentaba V. no ser mi hermano ó mi tío... Suponga

usted que es la persona de más autoridad en mi familia, aconséjeme V.: encarecidamente se lo ruego.
 RICARDO Mi consejo sería y no podía menos de ser interesado.
 CLOTILDE No: V. es la lealtad misma y yo le obedeceré ciegamente.
 RICARDO Entonces... aconsejo á V. que se case conmigo.
 CLOTILDE La cuestión no es esa. Contésteme V. con sinceridad: ¿V. cree que Salcedo me ama?
 RICARDO Yo la amo á V. de tal manera que no concibo que exista hombre en el mundo capaz de no amar á usted.
 CLOTILDE (*Levantándose impaciente yendo hasta la mesa y volviendo donde está Ricardo.*) Pues bien, si me ama tanto peor para él, porque nunca, nunca seré su esposa. ¿Lo ha entendido V.? Perdone V. que así desaire á su recomendado.
 RICARDO ¡Mi recomendado!... ¿Puede V. dudar que esa resolución, si es formal y definitiva, me convierte del más desdichado en el más feliz de los hombres?
 CLOTILDE No espere V. sacar ninguna ventaja de este suceso... Estoy decidida á seguir viuda.
 RICARDO Pero, ¿qué le ha hecho á V. Salcedo que motive un cambio tan brusco?
 CLOTILDE Todo lo sabe V.; todo se lo he dicho.
 RICARDO ¿Todo? ¿Absolutamente todo? ¿No tiene usted ninguna posdata que añadir? Dicen que en las cartas de las mujeres lo más interesante está siempre en la posdata.
 CLOTILDE No señor; en esta carta no hay posdata. (*Sentándose á la derecha de la mesa.*) Y ahora, ¿cómo hago yo para recuperar mi libertad? No le pido á V. consejo porque hoy no es sin duda el día de la semana en que V. sabe darlos.
 RICARDO ¿Qué necesidad tiene V. de consejo?... Una mujer está siempre autorizada para retirar su palabra.
 CLOTILDE Yo no he dado jamás á Salcedo mi palabra de casarme con él.
 RICARDO ¿Ni hoy tampoco?
 CLOTILDE Hoy menos que nunca. No sé por qué instintiva prudencia he eludido toda alusión á los proyectos de Salcedo, de Salcedo, entiéndalo V. bien.
 RICARDO En ese caso... Cuando venga esta noche á tomar el te con usted...
 CLOTILDE Es que desearía que no viniese.
 RICARDO Entonces escríbale usted...
 CLOTILDE ¡Si viese V. qué arrependida estoy de haberle escrito otras veces!...
 RICARDO ¿El conserva cartas de usted?
 CLOTILDE No muchas ni demasiado expresivas, pero...
 RICARDO Devuélvale V. las suyas y él le devolverá las que tenga de usted.
 CLOTILDE ¿Y si no las devuelve?
 RICARDO ¿No tiene V. ningún amigo capaz de encargarse de negociación tan sencilla?

CLOTILDE Usted mismo... ¡pero le creo á V. un diplomático tan poco hábil!
 RICARDO Usted no me conoce en ese terreno.
 CLOTILDE Vamos á ver, ¿qué haría V. para?...
 RICARDO Iría á ver al señor Salcedo y le diría pura y simplemente: «Caballero, aquí tiene V. estas cartas escritas por V. á la señora viuda de Ossorio: sírvase V. entregarme las cartas que la señora de Ossorio ha escrito á V.» Me parece que no hay dos maneras de decir ciertas cosas.
 CLOTILDE ¡Eso es!... ¡así!... háblele V. con ese aire resuelto y nada tendrá que oponer. Tome V. sus cartas. (*Sacando un paquete del cajón de la mesa.*)
 RICARDO ¿Dónde vive el señor de Salcedo?
 CLOTILDE Aquí debo tener su tarjeta (*tomándola de la mesa y dándosela.*)
 RICARDO ¿Cuándo nos veremos?
 CLOTILDE ¿Quiere V. tomar esta noche una taza de te conmigo?
 RICARDO Con mucho gusto. ¡(El te de Salcedo! Nadie diga «de esta agua no beberé.»)
 CLOTILDE (*Revolviendo aún en el cajón de la mesa.*) ¡Ah! olvidaba este medallón... Devuélvaselo V. con las cartas.
 RICARDO ¿Algún retrato?
 CLOTILDE No... (*Bajando los ojos.*) Es pelo que creyó conveniente enviarme de Filipinas. Déselo usted, que acaso volverá á verlo con gusto en Madrid.
 RICARDO ¿Es que ha perdido alguno en ese viaje?
 CLOTILDE Ha vuelto calvo como la palma de la mano.
 RICARDO ¡He aquí la posdata! (*Sale riéndose por el fondo.*)

Cae el telón.

FÉLIX REY

ELÍAS RECIO

I

La escena representa un gabinete modestamente amueblado.

Frente á la puerta de entrada, ocupando todo el lienzo de la pared, álzase un armario color rosa, de fondo escaso y multitud de compartimientos, formando en su centro un arco bajo el cual se destaca un antiquísimo sillón de brazos recientemente revestido de lustrosa gutapercha negra.

A ambos lados del armario, sobre dos medias columnas de yeso, descansan los bustos de Calderón y Cervantes vaciados en lo mismo, y, entre éstos, á igual distancia de uno y otro, una mesa de despacho con chapas de caoba esmeradamente barnizada y cuyos altos pies de robusto pino, lucen al aire la desnudez de sus toscas formas.

A la izquierda de la habitación una gran ventana abierta á un patio, cuya luz da de lleno en el tabique de la derecha, donde campean, en el centro, tres marcos de metal pintados, los cuales contienen otras tantas fotografías



APUNTE para el cuadro: *Prisionero de guerra*, de A. Werner

y grabados. Víctor Hugo y Byron son las de los extremos, la otra... ¡la del amo de la casa!
 Media docena de sillas de Vitoria, un sofá, estera de cordelillo y hasta tres coronas de papel verde y oro con largas cintas de seda, constituyen el resto del mueblaje.
 Este nido tiene su pájaro, y el pájaro de este nido es un mozo de treinta á treinta y cinco años de edad, estrecho de pecho, abultado de abdomen, un tantico cargado de espaldas, largo de piernas y no muy corto de brazos.

Su pequeña cabeza se alza entre los puntiagudos hombros con afectado orgullo; sus ojos parduscos y desdibujados parecen mirar con afectado desprecio cuyo mohín completan sus finos y plegados labios; adornan y rompen la monotonía del rostro un bigotillo lacio y una barba corrida, rubia y mal sembrada, que allá en las sienas se une con una grasienta y sucia cabellera que el peluquero riza los jueves y domingos.

En cuanto á la masa, poca carne y mucho hueso, y, la color, entre pálida y cobriza. A primera vista predispo-

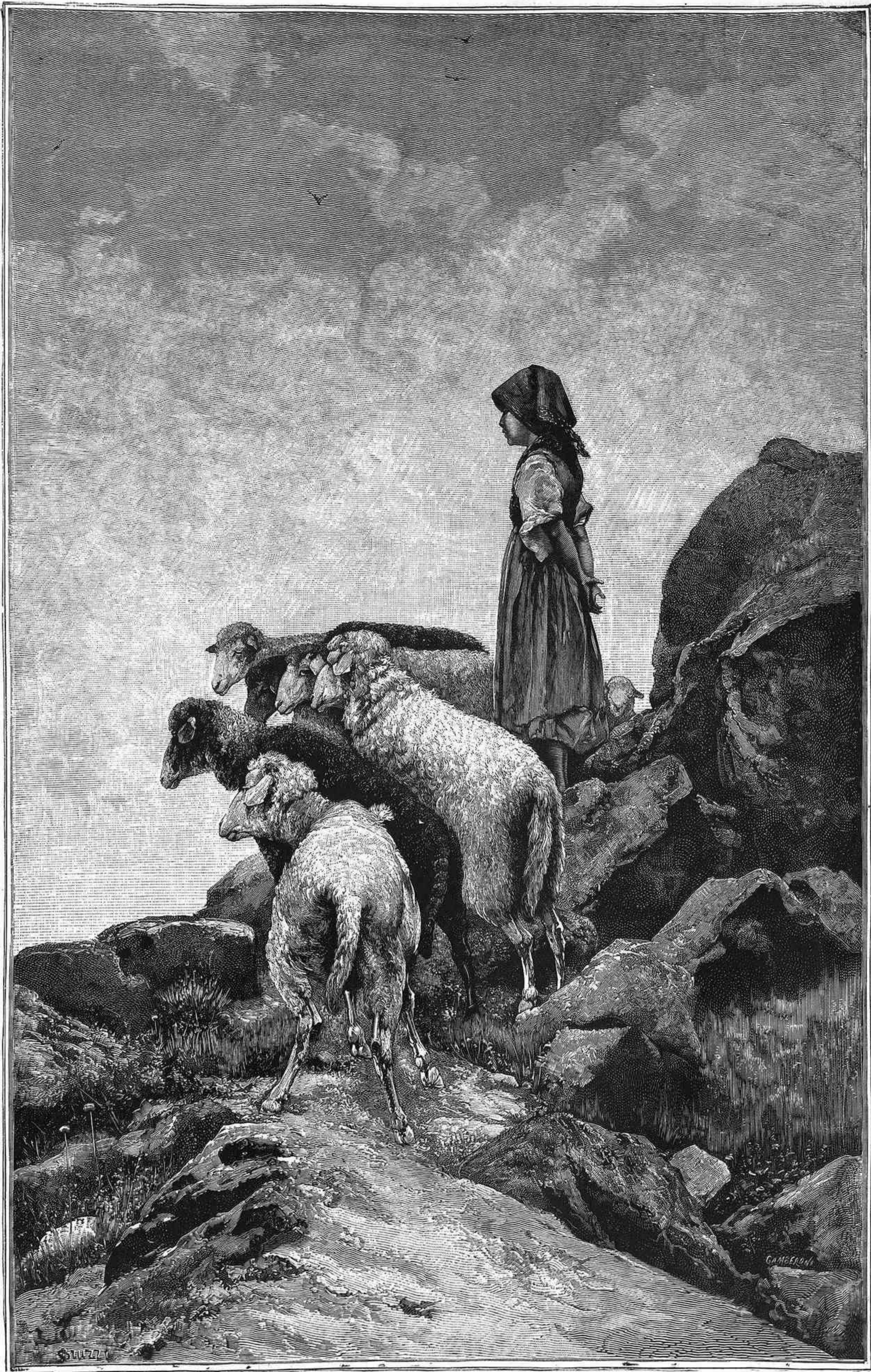


UNA CONFIDENCIA, cuadro de F. Andreotti



UN PERCANCE, CUADRO DE A. MÜLLER-LINGKE

COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA PUBLICADA POR LA «UNIÓN FOTOGRAFICA» DE MUNICH



¿QUÉ SERÁ? cuadro de Stefano Bruzzi

ne en contra suya á quien tiene costumbre de ver, y es de un gran efecto su exterior hinchado y fofa para quienes no ven más allá de sus narices.

El amor y cuidado de sí mismo es el sello distintivo de su personalidad, que por toda ella se refleja y traduce hasta en el más pequeño detalle. Su traje parece nuevo y recién hecho en cualquier época de su larga vida; ni una arruga, ni una mancha; inalterable siempre. La blanca y almidonada camisa asoma por el cuello y cae sobre las manos siempre, en un determinado número de centímetros; ni más ni menos. Las botas y el sombrero negros y lustrosos, lo mismo en los ardientes días del estío que en los lluviosos del invierno; ni el polvo los empaña ni el barro los enloda.

Nada es accidental en su traje. El color del paño responde á una combinación complicadísima de la intensidad de la luz, la estación del año, el lugar que habita, la ocupación á que se entrega, el estado patológico de su organismo y el psicológico ó moral de su ánimo; es decir, que el traje es en él una expresión.

El gabán abotonado, por calor que se sienta, significa melancolía y tristeza, y así lo usa cuando quiere estar triste y melancólico; entonces acorta el paso, se echa el sombrero sobre los ojos, éstos los clava en tierra, cruza los brazos y mueve un pie tres minutos después de haber sentado el otro. En cambio, cuando el aire es más fuerte (no importa que hiele ó llueva), haciéndole cara, apresura el paso, descifrese el abrigo, y, en tanto que con la una mano se descubre la cabeza y ahueca con la otra los rizados cabellos, abriendo de par en par los ojos y la boca un palmo, avanza feliz y risueño imaginando lo que dirán las gentes de su tan airosa figura.

Llámase Elías López, pero, por un rasgo estético del mejor gusto, y para no confundir su personalidad con la de tantos otros López como en el mundo han sido, ha sustituido éste por su segundo apellido, y á sí mismo se conoce y para los demás se firma: Elías Recio, nombre de ruido y estrépito que habrán de oír los sordos en las futuras edades.

¡Elías Recio! ¡qué bien le suena á López cuando, á sus solas, se lo repite en voz alta! ¡y cómo se indigna cuando le llaman Elías á secas ó López solamente ó á la par Elías López!

— No me diga V. Elías; no me nombre V. López; no me llame V. Elías López. Soy Elías Recio, ¿ha comprendido V.? ¡Soy Elías Recio, sí, señor, Elías Recio! Como Víctor Hugo se llama Víctor Hugo y no López, ni Víctor, ni Hugo.

Y tal se cree; porque una, entre las muchas razones que Elías tiene para creerse un hombre superior y excepcional, es su semejanza con ciertos grandes hombres.

— Yo tengo mucho de Cervantes, — le he oído decir más de una vez, y volviéndose hacia el busto de que hice mención más arriba, me ha preguntado:

- ¿No halla V. el parecido?
- ¿El... parecido?
- Cervantes y yo nos parecemos...
- ¿En lo blanco del yeso?
- No, hombre, no; fíjese V. bien.
- Bien me fijo, pero...
- No puede estar más á la vista.
- Con efecto...
- ¿Lo ha adivinado V. ya?
- Sí; creo encontrar cierta semejanza...
- ¿En qué?
- En los ojos.
- ¿Si no los tiene!
- Pues... por eso mismo.
- Es V. muy mal fisonomista.
- Acaso.
- Ve a V. esas narices.
- Las veo.
- Mire V. ahora las mías.
- Las miro.
- Cervantes y yo tenemos las mismas narices.
- ¡Ya!...
- Él ha escrito el *Quijote*.
- Es cierto.
- Y yo...
- ¿Usted también ha escrito el *Quijote*?
- Precisamente el *Quijote*, no; pero...
- Pero tiene V. las mismas narices.
- Luego soy un genio.
- ¡Quién lo duda!

Dice también que es un Byron porque como Byron tiene pequeña cabeza, si bien está por averiguar todavía si el poeta inglés se rizaba el pelo los jueves y los domingos; que es un par de *Quevedos*, por lo menos, no cabe la menor duda, pues los lleva sobre sus cervantescas narices, y, que vale tanto como Víctor Hugo, ya queda demostrado.

II

¡Dichoso y bienaventurado Elías Recio!

Hijo único de una bien acomodada familia de Castilla la Vieja, enriquecida en el comercio de telas, nunca, para adquirirse el cotidiano sustento, tuvo necesidad de recurrir á ocupación ni trabajo algunos, comiendo el pan nuestro de cada día en medio de una ociosidad enemiga del buen apetito.

Siendo ya un hombrecito, cuando apenas contaba veinticinco años, compuso y escribió una oda á su mamá, con motivo del santo de esta respetable señora; la cual oda se conserva todavía en la casa paterna de mi héroe, bajo un

verdoso cristal, cuyos cuatro lados limitan un ancho marco de pino revestido de papel dorado con menudísimas flores de lis en relieve. Comienza así:

Á MI QUERIDA MAMÁ EN EL DÍA DE SU SANTO

ODA

Canto á mi mamá en el día de su santo;
por eso pulso mi lira de diamantes y oro;
y con la lira conmovido canto;
porque hoy es el día del santo de mi querida mamá y yo la adoro.

Los padres, y los amigos que comieron aquel memorable día en la casa, se deshicieron en elogios y aplausos. El tema duró algunos meses.

— ¡No sabe V., don Fulano! — decía la madre saludando á cada individuo que iba á visitarla.
— Usted dirá, señora.
— Mi hijo...
— ¡Ah! se cría muy robusto.
— ¡Ha escrito una oda!
— ¡Caramba!... ¡una oda!
— Sí, señor; ¡una oda!... ¡una oda! Elías, hijo mío; lee la oda á este caballero.
— A mi mamá en el día de su santo, oda.

A cada verso, los amigos, moviendo lenguas y manos, prorrumpían:

— ¡Bravo!
— ¡Magnífico!
— ¡Prodigioso!

Y todos repetían á coro:

— ¡Es un gran poeta! ¡Un genio!

Desde esta fecha datan los descubrimientos fisionómicos de Elías con todos los grandes hombres de la humanidad y su vocación poética.

Era el tiempo en que el romanticismo, después de haber alcanzado la plenitud de su vida, se empequeñecía en pueriles rapsodias, en exageraciones ridículas y en huera palabrería.

Poeta significaba tanto como ser el más desgraciado de los mortales, tener el corazón hecho pedazos, vivir perfectamente en la funesta edad de los amargos engaños y ser una planta maldita con frutos de bendición.

Un artificial y artificioso vocabulario poético del peor gusto posible substituyó á los dioses y héroes paganos y á los preceptos retóricos.

Fué chistosísimo, en verdad, ver á Elías con su traje nuevo é irreprochable, su sombrero de copa alta recién planchado, el pelo rizado cuidadosamente y las guías de su incipiente bigote rubio tiesas por el cosmético, lamentarse de la pesada carga de la vida, de la impureza de la realidad, de la pérdida de las ilusiones, no creer más que en la paz de los sepulcros y acariciar la idea del suicidio como único remedio á su insoportable existencia. El era para sí mismo un ser superior cuya grandeza nadie comprendía y cuyos sufrimientos nada consolaba. Su corazón tenía sed de lo infinito, su alma se anegaba en lo ideal, su espíritu se elevaba á las alturas á conversar con lo eterno, y cuando volvía sus ojos á cuanto le rodeaba, á esta tierra á la cual le tenía sujeto su cuerpo, hallábase en medio de un vacío sin límites, de un mar sin orillas, de un espacio inacabable en el cual no había ni una estrella, ni una luz, ni una sombra, ni un rumor, ni un effluvio, ni un suspiro... ¡qué espantosa soledad!

Como el mismo Elías dijo en una poesía, caminaba por la senda de la vida,

de la cuna al sepulcro,
solo entre tanta gente!

Servíale su madre todas las mañanas una gran jícara de chocolate con pan tostado y manteca que, á medio despertar, se metía entre pecho y espalda perezosamente hasta que con la última sopa volvía á caer dormido; se levantaba á las doce, pásebase de una á dos á cuya hora tenía la desgracia de comer el clásico cocido con dos ó tres principios y un montón de golosinas; desde la mesa pasaba á su cuarto donde le servían el café, consumiendo el resto de la tarde en escribir leyendas, tradiciones y poesías íntimas. Era socio de todos los casinos, tenía abonos en los teatros, dinero de sobra en los bolsillos, viajaba en verano y daba veladas en invierno. ¡Pobre Elías!

Desde su infancia había sentido grandes y sublimes afectos sin conseguir jamás el objeto de su amor. ¡Amaba lo imposible! El sol, la luna y las estrellas fueron sus primeras pasiones, eternamente contrariadas por el destino y las leyes naturales.

Poco á poco las circunstancias y la naturaleza le hicieron descender del cielo á la tierra y amó como hombre.

III

Frecuentaba el trato de los padres de Elías una familia de la que era última rama una doncella de cuarenta años de edad, baja de cuerpo, con más narices que cara, menos pecho que espaldas, ojos muy claros y pies y manos más grandes de lo que fueran menester. Llamábase Berta y, al decir de las gentes, su padre tenía una fortuna más positiva que esta hija.

A pesar de la desproporción de edades los padres de Elías acariciaron el pensamiento de casar á su hijo con Berta, jera un gran partido! pero el muchacho, por mortificar más y más su espíritu poético, no bien se enteró del asunto se enamoró del papel de víctima, sintiendo, por la ley de los contrastes, una invencible pasión por

una guarnecedora de calzado que no lejos de su casa ejercía tan pobre oficio.

Los padres se enteraron y no ocultando su disgusto comenzaron á dirigir indirectas á su hijo.

— Con el amor no se echan pantorrillas.
— Ni se cuece el puchero.
— ¡Contigo pan y cebolla!
— Eso se dice muy bien teniendo el estómago lleno.
Después vinieron las prudentes observaciones.
— ¡No tiene dónde caerse muerta!
— Lo de menos es que sea pobre.
— ¡Una zapatera!
— ¡Ella, á qué está!
— Nos cree ricos...
— Y quiere atrapar los cuartos.
Por fin se rompieron las hostilidades.
— Con nosotros no cuentas.
— Como si tales padres tuvieras.
— Allá vosotros sabréis cómo os las vais á arreglar.
— No te daremos ni un cuarto.
— Te pones á un oficio para ganar de comer.
— Le enseñará á coser zapatos.
— ¡Zapatero!
— ¡Y luego dicen que tienes talento! No sé de qué te sirve.

A Elías le daban en tales refriegas síncope y desmayos con todo el aparato que su argumento requiere; hubo delirios á ojos abiertos é insomnios á ojos cerrados. La idea del suicidio se le presentó entonces más viva y persistente que nunca.

— ¡Es preciso morir!

truéquese en risa mi dolor profundo,
que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!

A todo esto la guarnecedora ignoraba que tal pasión había inspirado y seguía cosiendo sus zapatos, mientras que Elías tomaba sus precauciones decidido á suicidarse cuanto antes.

Al efecto reunió todas sus poesías, hizo de ellas un paquete que ató cuidadosamente y escribió en la primera cuartilla: «Es mi voluntad que se publiquen con mi retrato y biografía después de mi muerte.»

Por fin llegó el instante.

Una noche, y á la hora en que todo dormía, se dirigió de puntillas á la habitación donde doña Cesárea, su madre, guardaba la plata; no recuerdo si este lugar lo era el comedor ó la cocina.

Llegó á la alacena, palpó, y... ¡primera contrariedad!... ¡la llave estaba puesta!

¡No tener que forzar la cerradura! ¿No era esto un mal presagio?

Sin embargo, cogió un cuchillo y se volvió á su alcoba. Una vez en la cama, contempló á la poca luz de la lamparilla la hoja de aquel arma, con la cual tantas veces había cortado el pan de cada día, diciéndose mentalmente:

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

Luego derramó abundantes lágrimas, y, oprimiendo un instante el cuchillo contra su pecho, lo colocó en seguida debajo de la almohada, sobre la que reclinó la cabeza y se quedó dormido.

Tuvo sueños y pesadillas horribles, de las cuales despertaba todo asustado y con el alma en un hilo, creyendo que le asesinaban.

Estas escenas se repitieron durante algunas noches más y como viera que nadie le hacía caso, ni se daba por entendido, resolvió hacer las cosas de veras, es decir, una que fuese sonada.

Al efecto escondió un bastón de estoque en la habitación inmediata á la alcoba de sus padres, y, cuando éstos se hubieron echado á dormir la siesta, comenzó á dar largos paseos y grandes resoplidos, á tumbar muebles y á dar gritos, concluyendo por gritar á voz en cuello:

— ¡Mi estoque! ¡mi estoque! ¿dónde está mi estoque? que me voy á matar, que me mato, que me estoy matando; ¿dónde está mi estoque?

Terminó todo este estruendo con la presencia de los padres de Elías, los cuales, no bien hubieron llegado al sitio de la catástrofe, vieron á su hijo irse detrás de la puerta y salir, de allí á poco, estoque en mano, dirigiendo la punta de éste contra su pecho, en el instante mismo que la madre se interponía entre el arma y el suicida, quien al verse desarmado sintió tal furor que hubo de llevarse á la cama, en donde permaneció dos días con una convulsión nerviosa que daba lástima verle.

IV

Temerosos los pobres viejos de que su hijo llevase la cosa más adelante, consintieron en sus relaciones con la guarnecedora, en vista de lo cual Elías se casó con Berta, con gran contentamiento de todos.

Instalado tan ruin matrimonio en casa propia, cobrada y contada la dote de Berta y unos cuantos miles de duros que á Elías le dieron sus padres el día de la boda, mi héroe pensó entonces en que la vida era un doble problema, los cuales había que aceptar y resolver de la mejor manera posible.

La vida ideal ó del alma, mediante el arte; la vida positiva ó del mundo y el cuerpo, mediante los negocios. ¡Había que transigir, en parte, con la impura realidad!

Obedeciendo á tan sabia idea, amuebló en su casa dos habitaciones: la una para el artista, la cual dejó descrita en los comienzos de esta verídica monografía; la otra para los negocios. Esta última estaba humildemente decorada; dos estanterías laterales llenas de legajos y carpetas amarillas, una mesa de pino sin barnizar y varias sillas de paja.

Elias completó estos aspectos de la vida con una feliz ocurrencia, tomada sin duda del misterio de la Santísima Trinidad: como literato siguió firmándose Elías Recio; como hombre de negocios se llamó Elías López, dos personas distintas y una sola verdadera.

Así pasaron los años; Recio traduciendo artículos del francés, que daba como originales, iba de mal en peor.

Escribió varios dramas; el primero *El tejado de vidrio*, de Ayala, que redujo á un solo acto; otro titulado: *La milicia por sí acaso*, tomado de tres dramas de Echegaray, y, por ultimo, *La tierra*, que es una comedia que se parece á *La última noche* como una gota de agua á sí misma. Todos ellos tuvieron muy mal éxito y no pasaron de la noche del estreno.

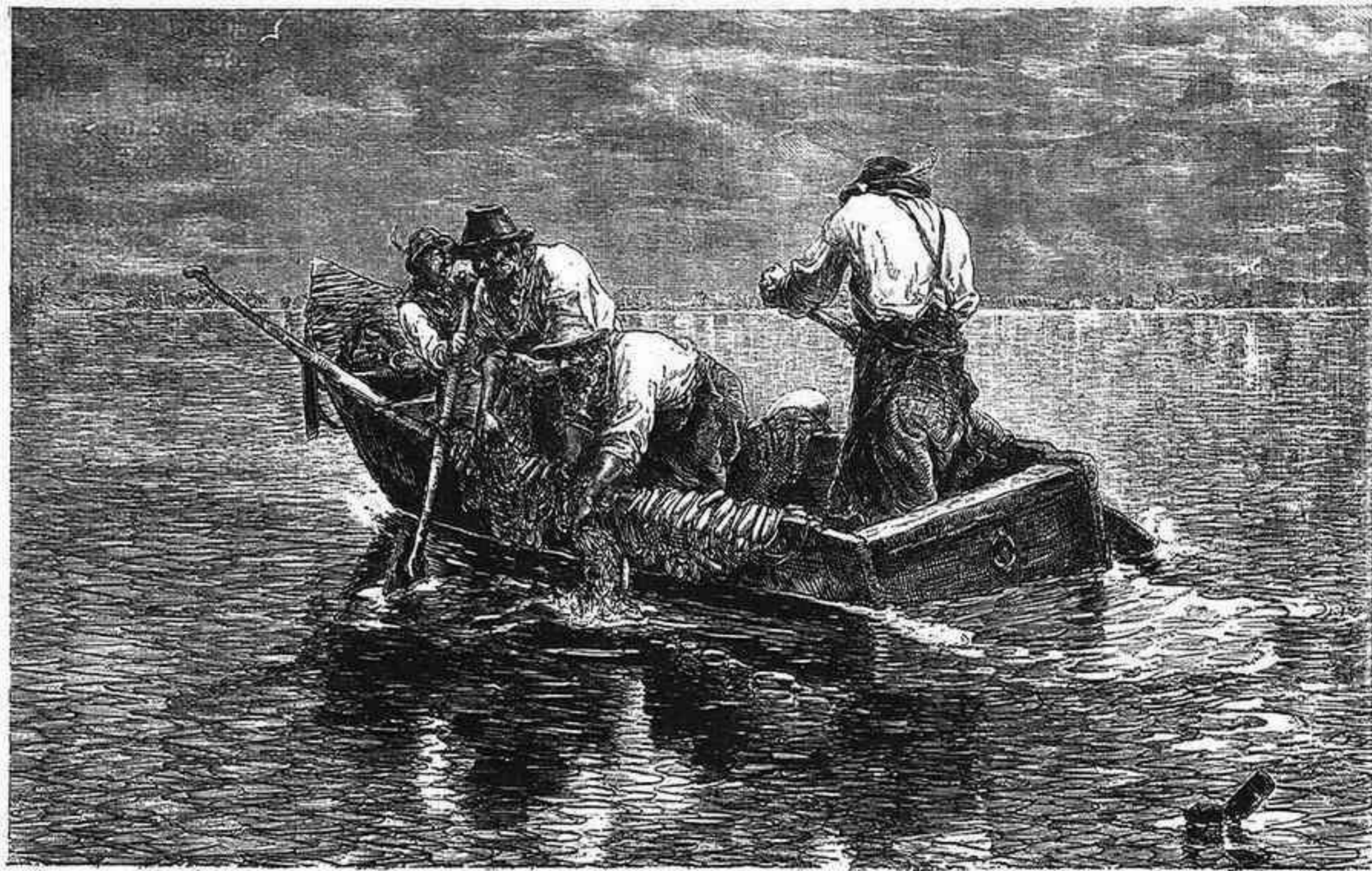
Pero el tiempo que perdía tan lastimosamente Recio, lo ganaba con creces el activo López prestando al mil por ciento con garantía, ya sobre sueldos á empleados, ya sobre fincas y valores del Estado á los particulares.

Cada año, López duplicaba su capital, mientras que á cada estreno, Recio recibía una silba.

Las gentes de letras, cada vez que leían un artículo de Recio tomado del francés ó alguna de sus producciones dramáticas, tomadas á propios y á extraños, decían:

- ¿Ha visto V. el drama de Recio?
- Sí, señor.
- ¡Ya no hay vergüenza en este país!
- ¿Por qué?
- Porque ese drama es una novela de Daudet.
- Pues ayer leí en *La Ilustración* un artículo de Recio traducido al pie de la letra de Zola.
- ¡Pero ese hombre no hace más que robar!
- Sí, señor; es un ladrón.

En cambio los clientes de López, cuando por casualidad se encontraban, solían decir, sobre poco más ó menos:



RECOGIENDO LAS REDES, dibujo de J. Wopfner

- ¿De dónde viene usted?
- ¡Y V. adónde va?
- Voy á casa de López.
- De allí vengo; y me atrevo á aconsejarle que no vaya, á no ser que esté V. mal con su dinero.
- ¡Ah, ya sé que es un bandido! pero, amigo mío, no tengo otro remedio; necesito fondos, mi honra está comprometida, y entre matarme y dejar que me roben, prefiero lo segundo.
- Pues le robarán á V., amigo mío, le robarán á usted, porque López es un ladrón.
- Sí, señor; un ladrón, ¡demasiado le conozco!

V

En casa de Elías eran, en cambio, muy frecuentes estas escenas:

- ¿El señor López?
- Sí, señor; pase V. á su despacho. Por aquí, á la izquierda.
- ¿El señor Recio?
- Sí, señor; tenga V. la bondad de pasar adelante. Por aquí, á la derecha.
- Vengo á suplicar á V. un nuevo plazo. El pagaré vence mañana...
- Ya sé, ya sé que vence mañana, pero no me es posi-

- Aquí me tienes, Recio.
- ¿Qué hay?
- Esta noche es la función en el teatro de la Alhambra á beneficio de la Cruz roja.
- ¿Y qué?
- Vengo á decirte que escribas alguna cosa, porque después del drama hay lectura de poesías.
- ¿Irá mucha gente?
- Sí.
- ¿Escogida?
- Escogida.
- ¿Habéis invitado á la prensa?
- Está invitada. ¿Contamos con una poesía tuya?
- ¡Pues no faltaba más!
- Hasta la noche.
- Adiós.

Al día siguiente los periódicos decían:
 «Un hombre llamado Suárez se ha suicidado esta madrugada en la calle de... dejando su mujer y cinco hijos en la más completa miseria.»
 Y en otra columna de los mismos periódicos, dando cuenta de la función del teatro de la Alhambra á beneficio de la Cruz roja, leíase entre otras cosas:
 «Mereció grandes aplausos una oda del conocido poeta don Elías Recio, titulada: *La Caridad*.»

VICENTE COLORADO



ANTIGUO PARQUE DE ROTTERDAM, dibujo de P. A. Schipperus

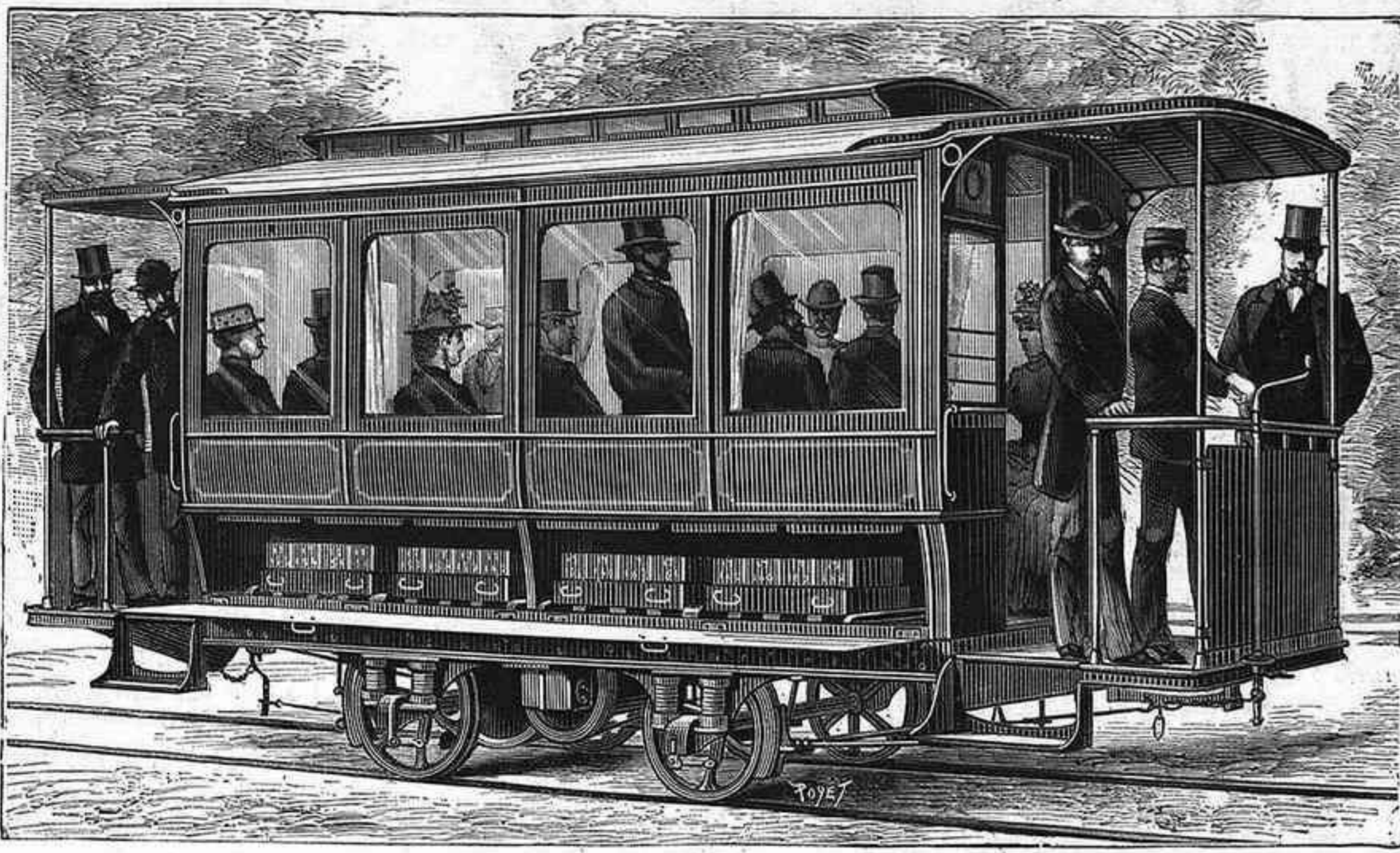


Fig. 1.—Tranvía eléctrico de la Exposición del Palacio de la Industria en Bruselas

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN BRUSELAS

Nuestros lectores tienen ya conocimiento de que se habían hecho varios ensayos de tranvías de tracción por medio de acumuladores; pues á su debido tiempo les dimos á conocer los experimentos practicados por M. Philippart en los años 1882 y 1883. Hoy podemos decirles que, merced á los adelantos que se han llevado á cabo en los acumuladores y motores eléctricos y al concienzudo estudio que se ha hecho de los numerosos detalles que el problema abarcaba, los ensayos han llegado á ser un hecho. En Hamburgo se ha inaugurado un tranvía con dos carruajes eléctricos, del sistema Julien, director de la sociedad de *Electricidad* de Bruselas. Por lo tanto creemos oportuno describir el sistema que se ha puesto en explotación, y darle á conocer á nuestros lectores, ya en sus constitutivos esenciales, ya en alguno de los pormenores que son más interesantes.

Cada carruaje es *automóvil*, es decir, lleva consigo los acumuladores y el motor que le imprime movimiento.

Los acumuladores están colocados debajo de las banquetas del carruaje y son en número de 96, distribuidos en 12 cajas, á razón de 8 cada una. Cada acumulador vacío pesa unos 10 kilogramos y contiene 17 placas; su capacidad es de 150 amperes por hora, ó sea 15 amperes por hora en cada kilogramo de placas, cifra muy superior á la que dan los acumuladores que generalmente se emplean para el alumbrado, que no necesitan ser ligeros como es indispensable lo sean en los tranvías. El peso total de las 8 cajas llenas de líquido es de 1,100 kilogramos, y con los 96 acumuladores se puede obtener una velocidad de 25 kilómetros por hora.

El tranvía, sin viajeros, pesa 5,370 kilogramos, y es capaz para 16 personas en el interior y once en cada una de las plataformas, si bien creemos que son muchos viajeros para tan pequeñas plataformas (fig. 1).

Los pormenores que más interesan son los relativos al sistema de construcción, á la carga y á las maniobras de los acumuladores.

Los acumuladores del sistema Julien son iguales á los del sistema Faure-Sellón-Volkmar, con la diferencia de que, en el primero, las placas están formadas por una aleación especial de plomo y antimonio que las hace inatacables por la acción de la corriente y les da más consistencia y duración. El jurado de la Exposición de Amberes ha calculado que pueden prestar servicio diario por espacio de seis meses; pero los ensayos hechos por la Compañía han demostrado que pueden durar más tiempo.

Las cajas, de 12 acumuladores cada una, están colocadas en un *banco de carga* (fig. 2), y las comunicaciones más convenientes para la carga se hacen automáticamente, por la parte de abajo, por medio de zapatas metálicas de resorte colocadas debajo de las cajas y enlazadas eléctricamente con los dos polos de la batería de acumuladores. Estas zapatas van colocadas sobre otras que están adheridas al banco y empalmadas con la dinamo de carga. En el interior del carruaje se encuentran unas zapatas semejantes, que establecen las comunicaciones necesarias, para lo cual basta mover la caja de los 12 acumuladores desde el banco de carga al carruaje.

Empléanse dos series de acumuladores; unos sobre el banco de carga, y otros en el carruaje. El reemplazo de unos con otros es muy sencillo. Cuando se ha consumido el líquido, basta colocar el carruaje frente al banco de carga, que está vacío, y retirar los acumuladores, después de haberse abierto los tableros laterales; se hace que el

carruaje ande hasta que esté frente al segundo banco de carga, y se ponen en lugar de aquellos los que están llenos de líquido. Esta operación se hace en pocos minutos y no es necesario tocar á los hilos, pues las cajas son exactamente iguales. Tampoco ofrece dificultad alguna hacer la carga en los bancos. Se reparten los acumuladores en dos grupos, de 48 cada uno, en tensión, y se emplea una máquina dinamo á la que se hace dar de 100 á 110 volts. A fin de economizar el tiempo, se calcula casi el mismo para la carga que para la descarga.

El acoplamiento de los acumuladores en el carruaje durante el servicio, ofrece algún interés. Las cajas se colocan primero empalmadas de dos en dos, en tensión y de un modo invariable, formando así cuatro grupos distintos, de 24 acumuladores cada uno. Los dos extremos libres de cada grupo y los tornillos de empalme del motor van unidos á diez hilos que, en cada uno de los extremos del carruaje, terminan en un conmutador giratorio que efectúa las combinaciones siguientes:

Botón de reposo: Todos los circuitos abiertos.

Botón 1.º — Los cuatro grupos en derivación sobre el motor.

Botón 2.º — Los cuatro grupos, dos en tensión y dos en derivación, sobre el motor.

Botón 3.º — Tres grupos en tensión sobre el motor, y el cuarto en derivación sobre uno de los tres.

Botón 4.º — Los cuatro grupos en tensión.

Botón 5.º — Botón de igualación. Los cuatro grupos están enlazados entre sí en derivación á fin de que las cargas sean iguales, pero no comunican con el motor. Es la posición normal de espera durante las paradas.

Un manubrio de eje vertical permite que se tomen con gran rapidez las posiciones que se deseen y que sean ne-

cesarias. El primer botón sirve para hacer las paradas, y el cuarto para las marchas rápidas en los puntos en que el terreno esté llano y la vía sea recta. Los botones intermedios corresponden á velocidades y esfuerzos intermedios. El cambio de un botón á otro no se lleva á efecto, sino después de roto el circuito de la máquina, y esto evita que salgan chispas del conmutador.

El motor es una máquina dinamo con inductores en circuito, capaz de resistir una corriente de 100 amperes en momentos de reposo, y de 20 á 30 en marcha normal. Está colocada debajo del carruaje é imprime movimiento á las ruedas por un eje intermediario. El motor está unido con este eje por medio de cinco cuerdas de algodón y seda, y el eje lo está con las ruedas motoras por medio de una cadena de Gall que el inventor ha apropiado al efecto y que está sumergida en un baño de aceite.

Debemos señalar una particularidad de las barrederas. El colector, de 24 teclas, es doble y está compuesto de dos colectores distintos, respectivamente descalzados entre sí unos 18.º Una de las barrederas se apoya en uno de los colectores, y la otra en el otro; pero, en vez de estar diametralmente opuesto, para lo que eran necesarias mucha vigilancia y una gran precisión en el ajuste, el descalce hace que se hallen en la misma línea. Tan ingeniosa combinación tiene la ventaja de hacer pasar las barrederas sobre la máquina y de facilitar la regulación; puesto que es bastante que los contactos estén sobre una misma generatriz del colector, por lo cual puede asegurarse que están diametralmente opuestos bajo el punto de vista eléctrico.

El cambio de marcha se verifica por medio de un manubrio que dirige dos pares de barrederas, uno para la marcha en un sentido y otro para marchar en sentido opuesto, si se ha de hablar con propiedad; porque en los tranvías eléctricos no hay delantera ni trasera. El manejo de este manubrio opera á la vez el calaje conveniente de las barrederas y el cambio de corriente necesaria en la bobina ó carrete del motor.

El alumbrado se lleva á cabo por medio de dos lámparas incandescentes de 45 á 48 volts, alimentadas por 24 acumuladores en tensión, que de este modo están independientes de los diferentes acoplamientos de los acumuladores.

El conmutador de acoplamientos variables se halla dispuesto en dos, uno á cada extremo del carruaje, y se mueve por un manubrio que se puede cambiar de un lado á otro; y, á fin de evitar circuitos cortos interiores, mientras que uno de los conmutadores maniobra, el otro debe estar en el botón de reposo. Esto se consigue con mucha facilidad por medio de un engrane y de un espólon colocados sobre la manivela que no permite que se mueva el eje, sino cuando está en el botón de reposo. Y como hay un solo manubrio en cada coche, ha desaparecido toda posibilidad de peligro.

Estas son, á grandes rasgos, las disposiciones de los tranvías de tracción eléctrica, adoptados por la ciudad de Bruselas, uno de cuyos ejemplares funciona en la Exposición de ciencias y de artes industriales en el Palacio de la Industria.

Pero como, en la cuestión de la tracción mecánica de los tranvías, todavía esté dividida la opinión del mundo

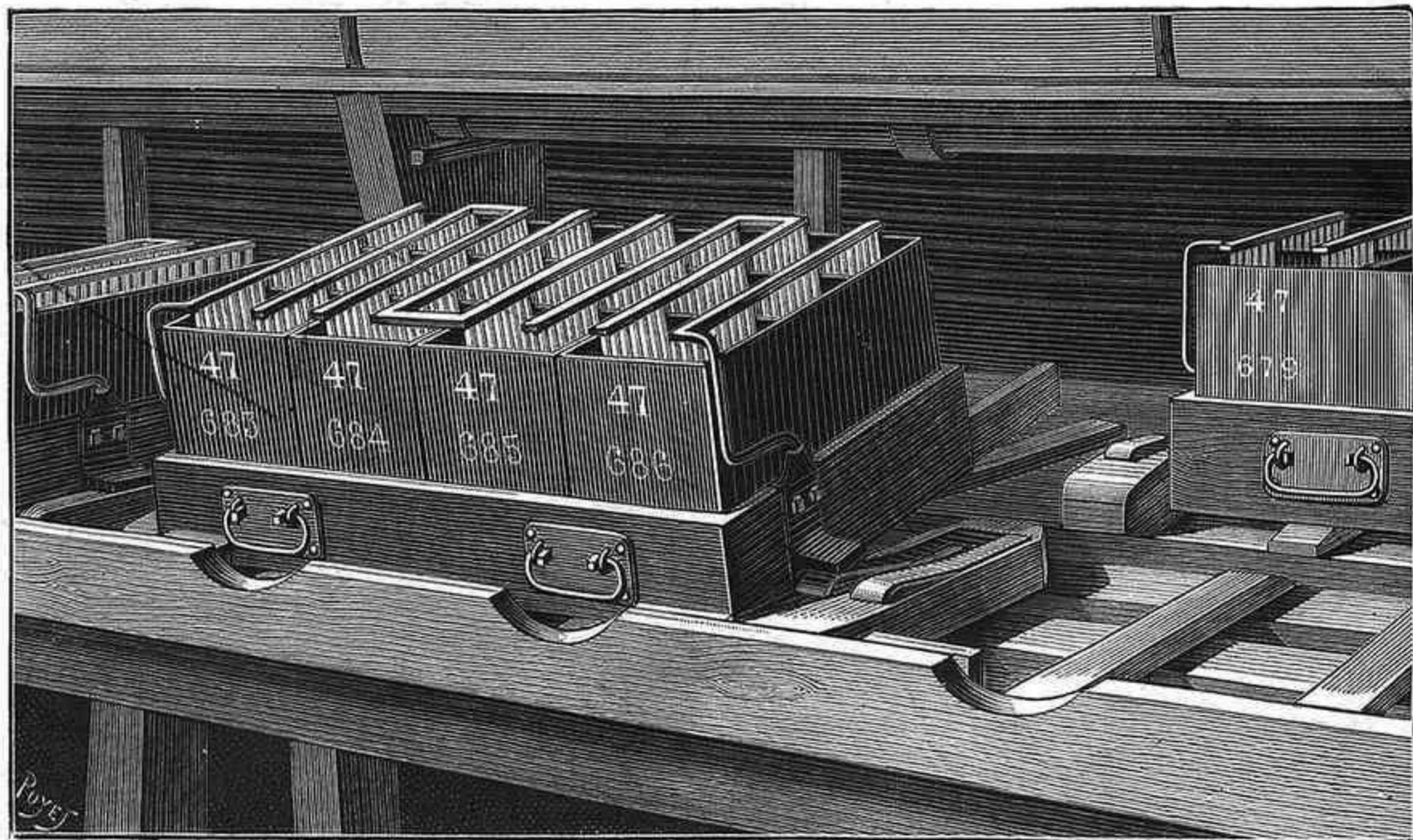


Fig. 2.—Banco de carga de los acumuladores del tranvía eléctrico

científico é industrial, no creemos oportuno asegurar que se halla definitivamente resuelto el problema con el sistema que dejamos descrito. Sólo debemos decir que el jurado de la Exposición internacional de Amberes ha declarado que es acreedor al primer lugar por las muchas

ventajas que ofrece. La explotación regular en grande escala, en el trascurso de algunos años, nos ofrecerá ocasión de conocer sus económicos resultados y hará, como así lo esperamos, que se confirme la opinión favorable que sobre él ha dado el tribunal de Amberes.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN